

CRUZADA CORDIMARIANA

Ave Cor Mariæ



Intención

Por muchos y santos
sacerdotes



El rezo del Santo Rosario en Familia

Queridos Cruzados:

Dios sea en sus almas. Estamos comenzado el nuevo año de 2022 y es sin duda un momento de buenos deseos e intenciones generosas, que debemos apuntar a nuestro único fin en este mundo: salvar nuestra alma.

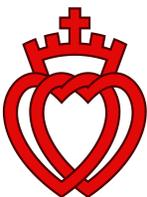
Teniendo en cuenta el famoso principio: “el que reza se salva y el que no reza se condena” queremos recordarles en este mes de enero la saludable costumbre del rezo del Santo Rosario en familia.

En este mes tendremos el 23 de enero la fiesta de los Desposorios de la Virgen Santísima con San José, hagamos el esfuerzo de asistir a la Santa Misa en familia y no dejemos de implorar las bendiciones del cielo sobre cada una de nuestras familias.

En los años recientes, la familia católica ha sufrido ataques terribles de parte de sus enemigos y hemos tenido que ser testigos de graves problemas aun en el seno de nuestras familias cercanas. ¡Luchemos generosamente, como soldados de Nuestra Señora, por conservar nuestros hogares bajo su protección!. Que en nuestras casas reine soberano el Corazón Inmaculado de Nuestra Madre.

No dudemos en renovar la consagración de nuestros hogares a los Corazones de Jesús y María, con el rezo continuo del Santo Rosario.

Revisemos que el nombre de nuestra familia esté inscrito en el rol de la Virgen Peregrina en nuestro priorato y asegurémonos de hacer una pequeña celebración cuando tengamos la dicha de recibir la visita de la Virgencita. Estemos bien seguros que, si ponemos empeño en recibirla en nuestras casas, Ella también sabrá estar preparada para recibirnos en el cielo el día de nuestra muerte.



¡Ganemos el mundo para la Inmaculada!

P. Rodrigo Fernández+

Capellán Nacional de la Cruzada Cordimariana

LA IGLESIA QUIERE EL REZO DEL SANTO ROSARIO



Les ofrecemos un pequeño resumen de la carta encíclica “Ingruentium malorum” del sumo pontífice Pío XII acerca del rezo del Santo Rosario en familia:

“Ante los males inminentes nunca dejamos de confiar al valiosísimo patrocinio de la Madre de Dios los destinos de la familia humana. Bien conocéis, Venerables Hermanos, la triste condición de estos tiempos: vemos que por todas partes los espíritus se hallan trastornados por odios y rivalidades, y que sobre los pueblos se ciernen amenazadores nuevos y sangrientos conflictos; y a ello se ha de añadir aquella violentísima tempestad de persecuciones que azota a la Iglesia, privada de su libertad en no pocas partes del mundo, y a veces hasta con la sangre derramada de los mártires. Finalmente, ni siquiera se ha perdonado a los niños inocentes, pues, por desgracia, no faltan quienes, temerario, osan hasta arrancar aun las mismas flores que crecían como la más bella esperanza de la religión y de la sociedad en el místico jardín de la Iglesia.

Ante peligros tan graves, sin embargo, no debe abatirse vuestro ánimo, Venerables Hermanos, sino que, acordándoos de aquella divina enseñanza: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá» (Lc 11, 9), con mayor confianza acudid gozosos a la Madre de Dios, junto a la cual el pueblo cristiano siempre ha buscado el refugio en las horas de peligro, pues Ella «ha sido constituida causa de salvación para todo el género humano» (S. Ireneo, Advers. haer., III, 22; PG, VII, 959).

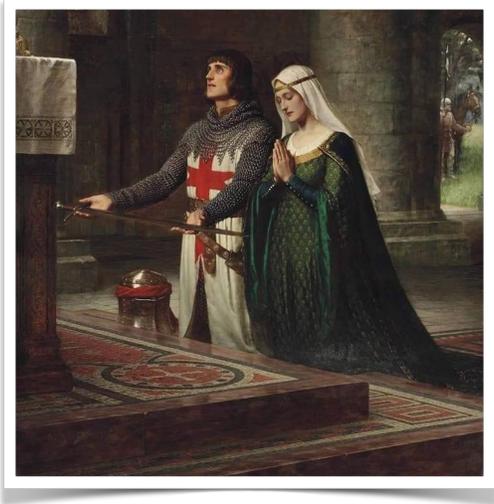
Pues bien conocida es la poderosa eficacia de tal devoción para obtener la ayuda maternal de la Virgen, según lo recomienda su origen, más celestial que humano, y su misma naturaleza. Todos, aun los más sencillos y los menos instruidos, encuentran en ella una manera fácil y rápida para alimentar y defender su propia fe. Y en verdad que con la frecuente meditación de los misterios el espíritu, poco a poco y sin dificultad, absorbe y se asimila la virtud en ellos encerrada, se anima de modo admirable a esperar los bienes inmortales y se siente inclinado, fuerte y suavemente, a seguir las huellas de Cristo mismo y de su Madre. Aun la misma oración tantas veces repetida con idénticas fórmulas, lejos de resultar estéril y enojosa, posee (como lo demuestra la experiencia) una admirable virtud para infundir confianza al que reza y para hacer como una especie de dulce violencia al maternal corazón de María.

¡Qué espectáculo tan conmovedor y tan sumamente grato a Dios cuando, al llegar la noche, todo el hogar cristiano resuena con las repetidas alabanzas en honor de la augusta Reina del Cielo!. Entonces el rosario, recitado en común, ante la imagen de la Virgen, reúne con admirable concordia de ánimos a los padres y a los hijos que vuelven del trabajo diario; además, los une piadosamente con los ausentes y con los difuntos; finalmente, liga a todos más estrechamente con el suavísimo vínculo del amor a la Virgen Santísima, la cual, como amantísima Madre rodeada por sus hijos, escuchará benigna, concediendo con abundancia los bienes de la unidad y de la paz doméstica. Así es como el hogar de la familia cristiana, ajustada al modelo de la de Nazaret, se convertirá en una terrenal morada de santidad y casi en un templo, donde el Santo Rosario no sólo será la peculiar oración que todos los días se eleve hacia el cielo en olor de suavidad, sino que también llegará a ser la más eficaz escuela de la vida y de las virtudes cristianas. En efecto: la contemplación de los divinos misterios de la Redención será causa de que los mayores, al considerar los fúlgidos ejemplos de Jesús y de María, se acostumbren a imitarlos cotidianamente, recibiendo de ellos el consuelo en la adversidad y en las dificultades, y de que, movidos por ello, se sientan atraídos a aquellos tesoros celestiales «que no roban los ladrones ni roe la polilla» (Lc 12, 33); y de tal modo grabará en las mentes de los pequeños las principales verdades de la fe que en sus almas inocentes florecerá espontáneamente el amor hacia el benignísimo Redentor, cuando, al reverenciar —siguiendo el ejemplo de sus padres— a la majestad de Dios, ya desde su más tierna edad aprendan el gran valor que junto al trono del Señor tienen las oraciones recitadas en común.

Concedemos Nuestra Bendición Apostólica, testimonio de Nuestra gratitud y prenda de las gracias celestiales, así a cada uno de vosotros como a la grey confiada a cada uno —y singularmente a los que recitaren piadosamente, en conformidad con Nuestras intenciones, el santo Rosario de la Virgen.”

*Dado en Roma, junto a San Pedro, el 15 de septiembre, fiesta de los Siete Dolores de la Bienaventurada Virgen María, en el año 1951, decimotercero de Nuestro Pontificado.
PÍO PP. XII*

MADRE DEL SANTO MATRIMONIO



El día 23 de enero, la Iglesia recuerda el Sagrado Matrimonio entre la Virgen Santísima y su esposo virginal el Glorioso San José. Especialmente en asuntos de matrimonio y de familia, la Inmaculada es el mejor ejemplo de los esposos. La Sagrada Familia en Nazaret es el modelo de las familias católicas y como es evidente la Inmaculada es especialmente el modelo de esposa y madre.*

La relación que existe entre la Virgen Santísima y San José merece ser estudiada a fondo para iluminar cada vez mejor la unión querida por Dios entre un hombre y una mujer.

¡Qué difícil que se hace a las familias el poder cumplir fielmente con el papel que la Divina Providencia les ha asignado! En particular el orgullo, con su cortejo de pecados, hace difícil que la esposa cumpla con su papel de ayuda y sostén de sus familias.

La Inmaculada aparece delante de nosotros, Ella, la Reina de los Ángeles y los santos, escogida para ser madre del Creador y Redentor de todo el mundo, y ¿qué es lo que hace?, ¿cuál es su actitud?. Lleva la vida ordinaria de una esposa, de madre en una familia pobre y humilde. Todo en Ella es discreción, modestia, simplicidad, gran pobreza, amor constante al prójimo. Cuando se encuentra con las otras mujeres del pueblo al ir a sacar agua del pozo, la ven sonreír tranquilamente para no alcanzan siquiera a imaginar que están junto a la Mediadora de Todas las gracias, Corredentora del género humano y Reina del Universo entero. La humildad y el amor de una vida oculta, sin la cual una mujer no puede cumplir su papel de esposa y de madre.

Santo Tomás señala como la forma del sagrado matrimonio “consiste en una cierta unión inseparable de las almas, por la cual los esposos están unidos por un vínculo de amor muto que no puede ser destruido”.*

Sin duda que nunca se ha cumplido mejor esta definición que en el matrimonio entre la Virgen Santísima y San José. ¿Quién podría hablar del amor mutuo con que estaban unidos uno al otro? Con todo, no debemos perder de vista que todo el amor de la Virgen Inmaculada es entera y absolutamente para Dios, hasta el punto de que Dios la poseía completamente y el Espíritu Santo encontraba en Ella su santuario privilegiado. ¿Cómo puede ser esto posible?.

Nos encontramos delante del origen del misterio del amor al prójimo, en la fuente de la única y verdadera unión y amistad posible, en el manantial de donde surge el matrimonio cristiano.

Solamente hay un amor verdadero, amor que viene de Dios como principio y que se dirige a Dios como a su fin ya que Dios es amor. El Corazón Inmaculado de María vivió incesantemente su fiat a la voluntad divina por el cual se consagraba a la Divina Providencia hasta en sus más mínimos detalles. Pues bien, fue el Espíritu Santo mismo quien movió el Corazón Inmaculado de María a dar su fiat como Esposa de San José y por lo tanto como Madre del Redentor a amar entrañablemente a San José. Con esto no desvió ni disminuyó lo más mínimo su docilidad al amor divino, antes bien se perfeccionó pues este amor de Dios se concretizaba, se hacía palpable en el amor que la Virgen mostraba a su Glorioso Esposo.

**1 Llamamos la atención al lector; respecto el orden de los términos: esposa y madre. La Virgen, al igual que cualquier mujer; primero es esposa y por lo tanto, es decir; después es madre. (con una anterioridad no solo temporal sino también de función) Aun las mujeres olvidan esto muchas veces: ellas primero son esposas de sus maridos que madres de sus hijos. Es por ser esposas de ese hombre que son madres y no al revés. El caso de una mujer que concibe un hijo fuera del sagrado matrimonio es una aberración completa que atenta contra el orden querido por Dios y aun contra el equilibrio de la propia naturaleza humana.*

2 S.Th. IIIp. 29q. 2 art.

Esta es la clave de un matrimonio feliz: el amor de Dios. Ya que el matrimonio solo es feliz cuando se vive en la atmósfera del amor verdadero. En orden a poder construir una auténtica unión de almas, deberemos primero establecer nuestra alma en esa unión estable y auténtica con Dios a través de la Virgen Inmaculada. “Yo soy la Madre del Amor Hermoso” no existe otro medio de alcanzar este amor hermoso y divino que no sea por las manos de la Virgen María, pues el amor verdadero es una gracia y Ella es la mediadora de todas las gracias.

El Espíritu Santo, a través de las causas segundas (los superiores, maestros, lecturas, circunstancias eventos etc.) nos va mostrando el camino concreto que nos ha trazado para regresar a Dios. Este camino lleva siempre la nota de una aplicación de nuestra devoción y consagración a Dios como una dedicación al bien del prójimo, ya que el mandamiento de la Caridad los engloba a ambos.

El escoger estado vida no es otra cosa que escoger el camino como Dios quiere que yo aplique mi amor a Él. En el caso del santo matrimonio, este río de amor que nace del Corazón mismo de Dios va a desembocar en mismo seno de la divinidad, pasando por dos corazones: el de los esposos. Esto significa, en concreto, que los esposos se aman mutuamente y se son fieles precisamente en la medida que se unen con Dios. Cuando uno es infiel en el esposo o en la amistad, significa que antes, ya se había faltado en la unión debida a Dios. Un feliz matrimonio nos es primeramente una cuestión de compatibilidad o de entendimiento mutuo, sino un asunto de gracia y devoción para con el Buen Dios y su Madre Santísima.

Los más diversos problemas que podamos encontrar en nuestras familias tienen siempre el mismo origen: una falta de devoción. Somos violentos, rudos, egoístas, tercos, orgullosos. Queremos que nuestra opinión prevalezca y esto produce conflictos, desorden, rebeldía de los demás, falta de paz y turbación. Todo esto nace de nuestra **falta de devoción** y dedicación de nuestra alma a Dios. Aquí aparece la Virgen Inmaculada como la luz en las tinieblas, Ella irá produciendo y nos irá formando, por nuestra consagración, en el ambiente de nuestra entrega total al amor de Dios. Cuando alguien empieza a negarse a sí mismo y comienza a dedicarse al bien de los demás hace que vaya floreciendo la paz, la tranquilidad, el orden en su alma y después, en la medida de su fidelidad, comienza a desbordarlo a su alrededor. El orgullo y el egoísmo son muy ruidosos mientras que la humildad y la sencillez son, por el contrario, muy silenciosas. Este ambiente de paz, es el regalo de bodas de la Madre Inmaculada, para los esposos fieles.

Cruzada Cordimariana - México

Para más información: www.fssp.mx

